
JESUCRISTO.

SU DIVINIDAD.

I.

Hic est verus Deus.
Este es el Dios verdadero.

(I JOAN. V. 20.)

Un Dios, que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y ésta se precipitaría en un abismo de errores, si la luz de la fé no acudiera prontamente á socorrerla, descubriéndola la profundidad de la sabiduría divina, oculta en la aparente locura del misterio de Dios Hombre. Por eso, este punto fundamental de nuestra santa Religion, quiero decir, la divinidad de Jesucristo, ha sido siempre el objeto más expuesto á las insensatas contradicciones del espíritu humano. Los hombres soberbios, que no debían ocuparse sino en acciones de gracias, por el inefable don que les hizo el Padre de misericordias, dándoles su único Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las más impías blasfemias. Están ciegos; pues, para saber, si bajó del cielo, y si es igual al Todopoderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino á formar un pueblo santo y fiel; un pueblo fiel, que cautive su razon bajo el sagrado yugo de la fé; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo, y que ya no dependa de la carne para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

El resplandor de su ministerio es el más sólido fundamento de nuestra fé; y el espíritu de su ministerio, la regla única de nuestras costumbres. Si no fuera más que un hombre enviado de Dios, seria el resplandor de su ministerio, para nosotros, una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; el espíritu de su ministerio seria el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor, ó el espíritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su divinidad.

¡Oh Jesús, único Señor de todos! Recibid este público homenaje

de nuestra confesion y de nuestra fé; mientras que la impiedad blasfema en secreto y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de los altares, y formad en nuestro corazon, no solamente aquella fé que os confiesa y que os adora, sino también la que os sigue y os imita. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Ya sea que consideremos el resplandor del ministerio de Jesucristo en el aparato pomposo de oráculos y figuras, que le precedieron; ya en las circunstancias maravillosas, que le acompañaron; ya, finalmente, en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesucristo no fuera más que un hombre como nosotros, Dios, que le envió á la tierra, revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado, y seria culpable de la idolatría de los que le adoran. El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo, es el haber sido anunciado y prometido á los hombres, desde el principio del mundo. Apenas cayó Adán, cuando, desde léjos, se le manifiesta el Reparador necesario en la tierra para rémediar su caída. En los siglos siguientes, parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los patriarcas, es para confirmarlos en la fé de esta esperanza; si inspira á los profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de léjos, la historia del que ha de venir; todos los sucesos que acaecen en la tierra, parece que conducen á este gran suceso. Los imperios y los reinos no caen, ni se levantan, sinó para disponerle los caminos; los cielos no se abren, sinó para prometerle; y toda la naturaleza, como dice san Pablo, parece que está impaciente por parir al justo, que tiene en su seno, y que ha de venir á libertarla de la maldicion en que habia caido: *Omnis creatura ingemiscit, et parturit* (Rom. viii, 22).

Hacer, pues, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle, desde lo alto del cielo, y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religion y de culto; y si Jesucristo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la supersticion de los pueblos si hubiera sido una pura criatura; pero, nada es, respecto de Jesucristo, el haber sido anunciado; todas las demás circunstancias en que se halló, son aún más maravillosas y más admirables que las mismas predicciones. A la verdad, que si Ciro y san Juan Bautista fueron anunciados, mucho tiempo ántes de nacer, en las profecías de

Isaías y de Malaquías, éstas fueron unas puras predicciones sin consecuencias, sin aparato, y que se hallan en un solo profeta; unas predicciones, que solo anuncian sucesos particulares, y en que no podía padecer engaño la religion de los pueblos: Ciro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalén; el Bautista, para preparar los caminos al que habia de venir; uno y otro, para confirmar, con el cumplimiento de estas particulares profecías, la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesucristo.

Pero, aquí tenemos un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los justos, y señalado de léjos en todas las edades. Los patriarcas mueren deseando verle; los justos viven con esta esperanza; los padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica, que se perpetúa de siglo en siglo. Aún los mismos profetas de los gentiles, ven brillar, desde léjos, la estrella de Jacob; y hasta en los oráculos de los ídolos se anuncia este gran suceso. Este no es un suceso particular, sinó un suceso, que ha de servir de remedio al mundo condenado; es el Legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios, y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡Qué lazo seria para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran más que una pura criatura, y particularmente en tiempos, en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

Además, cuantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los justos de la ley y de la edad de los patriarcas, no fueron más que unas imperfectas imágenes de Cristo; y aún, cada uno de ellos no representaba más que algun pasaje singular de su vida y ministerio: Melquisedech, su sacerdocio; Abraham, su cualidad de cabeza y padre de los creyentes; Isaac, su sacrificio; Job, sus persecuciones; Moisés, su oficio de mediador; Josué, su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido. Todos estos hombres tan venerables y milagrosos, no eran más que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso, que fuese muy grande este Mesías, cuando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron: pero, si quitais á Jesucristo la divinidad y su eterno origen, en nada excede la verdad á la figura.

Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo, se debe

añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo carácter resplandeciente de su ministerio. ¿Vióse acaso jamás hombre más maravilloso, más divino en sus obras y en todas las circunstancias de su vida? Digo, primeramente, en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder. Moisés, tanto en Egipto, como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra: en los siglos siguientes, Elías vino á presentarse á los hombres con el mismo poder; pero, si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aún en su mismo poder, tenían impresos los caracteres de flaqueza y dependencia. Moisés, no obraba sus maravillas sinó con la vara misteriosa; sin ella, era un hombre flaco y sin poder; y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel árido leño, como para dar á entender á los israelitas, que el mismo Moisés no era, entre sus manos, más que un instrumento frágil, de quien queria servirse para obrar maravillas. Jesucristo, aún sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su vestido, cura las más desesperadas enfermedades. Moisés, no comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros, porque en él era un don singular, que habia recibido del cielo, y del que no podia disponer; Jesucristo deja á los suyos un poder aún mayor del que él mismo habia manifestado. Moisés obra siempre en el nombre del Señor; Jesucristo lo obra todo en su propio nombre.

Elías resucita muertos, pero, tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita: sopla, se encoge, se agita; de donde se infiere, que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma, que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida: Jesucristo resucita los muertos, como si hiciera cualquiera accion comun de la vida, habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente da á conocer que es el Dios de los muertos como de los vivos, y nunca más tranquilo que cuando obra las mayores maravillas. Finalmente, Jesucristo profetiza, del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, ni le turba, ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos. Esta es la omnipotencia de Jesucristo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia; y no contento con manifestarnos con esto, que es igual á Dios, nos avisa, que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra, son tambien obra suya, y que las obras de su Padre, son sus obras. ¿Teneis noticia de algun profeta, hasta Jesucristo, que haya hablado de este modo, y que en vez de dar á Dios la gloria, como al autor de todo don excelente, se haya

atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

El último carácter resplandeciente de su ministerio son las maravillosas, y hasta entónces inauditas circunstancias, que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé, que vino pobre y humilde; pero, apenas nació, cuando las celestiales legiones hacen resonar los aires con cánticos de alegría, y nos enseñan, que este nacimiento glorifica al Altísimo, y trae la eterna paz á la tierra. Despues, un nuevo astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por esta misma luz, vienen estos hombres justos, desde las extremidades de la tierra, á adorar al nuevo Rey de los judíos.

Examinad todas las circunstancias de su vida. Si María le presenta en el templo, un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza, y trasportados de una santa alegría, mueren contentos, despues de haber visto á aquel, á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Los doctores, juntos en el templo, ven con admiración su niñez, más sábia é ilustrada que toda la sabiduría de los ancianos: segun va creciendo, se va manifestando su gloria. El Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia, y se tiene por indigno de servirle aún en los más viles ministerios. El cielo se abre muchas veces sobre su cabeza, y declara, que aquel es el Hijo amado. Los demonios, espantados, huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad.

Pero, estos no son más que débiles preludios de su gloria. Si se retira al Tabor, acompañado de tres discípulos solos, su gloria, impaciente, si es lícito decirlo así, de haber estado hasta entónces como cautiva bajo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; déjase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial declara, que es su Hijo amado, en quien se complace. Si desde el Tabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria y á su divinidad. Toda la naturaleza, desordenada, le reconoce allí como á su autor: los astros, que se ocultan; los muertos, que resucitan; las piedras de los sepuleros, que se abren y se rompen; el velo del templo, que se rasga; y la incredulidad misma, que le confiesa por boca del Centurion.

Recorred los demás misterios de su vida; en todos hallareis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres. Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entónces nunca se habia visto) es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los profetas, y recibe en la tierra una

vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna. Si sube al cielo, no es en un carro de fuego, que le arrebatara de un golpe: él mismo se eleva con majestad: deja á sus amados discípulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista, y para que rindan las debidas adoraciones á su divino Maestro. Los ángeles se presentan delante de este Rey de la gloria, como para recibirle en su imperio, y consuelan á los afligidos discípulos, prometiéndoles, que volverá á la tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve al lugar de donde habia salido, y que va á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

2. El resplandor del ministerio de Jesucristo aún no es lo más augusto y magnífico que en él se halla. Por grande que nos haya parecido por los oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo, y por las admirables circunstancias de sus misterios, esto no es más, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza; y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio, encierra su doctrina, sus beneficios y sus promesas. Descubramos, pues, todo lo que en sí encierra, y hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesucristo su cualidad de hombre justo y de enviado de Dios todopoderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar, que es un Dios encarnado, que bajó á la tierra para salvar á los hombres. Esta es una alternativa inevitable. Si Jesucristo es santo, es Dios: y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio de la misma eterna verdad, que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su nacimiento divino están obligados á confesar, que fué un hombre justo, inocente, amigo de Dios. ¿Qué hombre se habia visto hasta entónces en la tierra, con más incontrastables caracteres de inocencia y santidad, que Jesucristo hijo de Dios vivo? ¿En qué filósofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para la gloria humana, tanto celo de la gloria del Sér supremo, y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¿Qué celo por la salud de los hombres! Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin.

Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved, si hubo jamás en la tierra un justo más universalmente exento de todas las flaquezas, aún las más inseparables de la humanidad: cuanto más se le observa, más se descubre su santidad. El mismo discípulo, que le en-

tregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia, manifestando sus defectos, satisface á su inocencia y á su santidad con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no pudo reprehenderle de pecado alguno.

Pues bien; si Jesucristo es santo, tambien es Dios. Enseña, que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era ántes que Abrahan y que todas las cosas; que el Padre y él no son más que uno; que la vida eterna consiste, tanto en conocer al Hijo, como en conocer al Padre; que cuanto hace el Padre, lo hace tambien el Hijo: buscadme un profeta hasta Jesucristo, que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito, y de tan poco respeto para el Dios supremo; y que, en vez de dar á Dios la gloria, como á autor de todo, don excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes se compara al Dios soberano; es verdad, que una vez dijo, que el Padre era mayor que él; pero ¿qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios encarnado? ¿No tendríamos por insensato á un hombre, que con seriedad nos dijese, que el Sér supremo es mayor que él? ¿No es querer igualarse con la Divinidad, el atreverse á compararse con ella? ¿Hay por ventura alguna proporcion de más y ménos entre Dios y el hombre, entre el todo y la nada? Pero ¿qué digo? Jesucristo no se contenta con decir que es igual á Dios; justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los judíos, que se escandalizan; léjos de desengañarlos con claridad, los confirma en el escándalo; en todas partes usa de un lenguaje, ó impio, ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrára y justificára.

Manda que le amemos á él, del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él, y que en él busquemos nuestra felicidad, como en su Padre: que ordenemos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aún los pecados no se perdonan sinó á los que le aman mucho; y el amor que se le tiene, es toda la justificacion del justo y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre, que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿Merece acaso la criatura, ser amada por sí misma? Quanto hay grande y digno de amor, ¿no es don del que solo merece ser amado? ¿Qué profeta, hasta Jesucristo, vino á decir á los hombres: me amareis; quanto hagais, hacedlo todo por mi gloria?

Pero, no basta el haber considerado el ministerio de Jesucristo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favo-

res que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de la muerte eterna: de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos; les abrió el cielo; les aseguró la posesion del reino de Dios y de los bienes eternos; y les trajo la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aún sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aún en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicándonos continuamente el precio de su sangre; forma pastores, que nos instruyan; inspira profetas, que nos enseñen; santifica á los justos, para que nos animen con su ejemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias: no hay pasion en el hombre que no cure su gracia; no hay afliccion que no haga amable; no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura, que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Un hombre solo pudiera ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿El Dios soberano, tan celoso de su gloria, pudiera unirnos con una criatura, con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi más dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre, tan útil y tan necesario á los demás hombres, llegase, por último, á ser su ídolo?

Aún más: al morir, promete á sus discípulos el espíritu consolador, á quien llama espíritu de su Padre: este es el espíritu de verdad, á quien no puede resistir el mundo: el espíritu de fortaleza, que habia de formar los mártires: el espíritu de inteligencia, que habia de alumbrar á los profetas: el espíritu de sabiduría, que habia de conducir á los pastores: el espíritu de paz y caridad, que de todos los fieles habia de hacer no más que un solo corazón y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesucristo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio, y prometerle á los hombres, si no es espíritu propio suyo? Con todo eso, la promesa de Jesucristo se cumple; luego que subió al cielo, el Espíritu de Dios se derramó sobre todos sus discípulos; los simples, quedaron más sábios que los sábios y filósofos; los flacos, más fuertes que los tiranos; los insensatos, segun el mundo, más prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifestábanse en la tierra nuevos hombres, animados de un nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo.

En segundo lugar, Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, amados oyentes? se escandalizaron los judíos, porque él mismo

los perdonó, y porque parecia atribuirse un poder reservado á solo Dios; pero ¿cuál será el escándalo de todos los pueblos de la tierra, cuando lean en su Evangelio, que dejó este poder á sus discípulos? Si no fuera Dios, ¿pudieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante?

En tercer lugar; aún no basta esto: promete tambien á sus discípulos el don de los milagros, que, en su nombre, resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. Y los discípulos, en nombre de su Maestro, resucitan los muertos.

¿Qué he de decir, por último? Promete á sus discípulos la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los césares, de los tiranos; y que su Evangelio será recibido en todo el mundo. ¿Tiene acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres, para hablar de este modo de una mudanza, de la que hasta entónces no habia habido ejemplar en el universo? Acaso respondereis, que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero, os engañais, porque si no fuera Dios, tampoco sería profeta: sus profecías serian sueños y quimeras. Sería un espíritu impostor, que engañase y pronosticase lo futuro, desmintiendo los sucesos la verdad de sus promesas.

Amados oyentes, Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos; y con todo eso, apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos, en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero, que éste es el fundamento de la fé y de la salud, que ésta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion más esencial de un fiel. Acordaos, pues, de que la piedad para con Jesucristo es el espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide, es; que os parezcáis á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que, conformes con su semejanza, seais del número de los participantes de su gloria. Amen.

JESUCRISTO.

DIVINIDAD DE JESUCRISTO, PROBADA POR SUS MEDIOS.

II.

Elegit Deus ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret.

Dios ha escogido las cosas que eran nada, para destruir las que son.

(1 Cor. I, 28.)

Cuando algun poder humano desconcierta, por medio de un súbito sacudimiento, un imperio, una sociedad, tratamos de sondear el abismo que ha abierto, y las fuerzas ocultas que motivaron dicho movimiento. ¿Qué sería, pues, hermanos míos, si un poder secreto hubiera echado abajo, no solo un imperio, sino aún, el mundo entero? ¿Qué sería, si la revolucion hubiese triunfado, estableciéndose sobre las ruinas de lo pasado, si se hubiera apoderado del tiempo y de la inmortalidad de tal suerte, que el mundo entero fuese impotente, en adelante, para hacerla volver atrás? Y si el que habia sido autor de este gran movimiento, no fuese para nosotros una persona extraña, un desconocido, un hombre indiferente, sino que fuese un hermano á quien amásemos, un bienhechor á quien bendijésemos, un maestro á quien adoráramos, ¿con cuánta mayor curiosidad no trataríamos de indagar, cómo y por qué medios se realizó una trasformacion tan extraordinaria?

Pues bien, hoy celebramos el aniversario del establecimiento del cristianismo sobre las ruinas del paganismo, sobre los restos del antiguo mundo; la aparicion de un nuevo mundo que se levanta, y cuyo sol brilla todavía sobre nosotros. Y ¿no os mueve la curiosidad á saber, cómo ha podido realizarse un prodigio tan admirable? Paréceme que no podeis ménos, y por esto me he propuesto corresponder á vuestro deseo, contestando á la siguiente pregunta: ¿de qué medio se ha valido el Salvador del mundo, para realizar esa gran trasformacion del género humano, cuyos frutos estamos probando todavía? Digá-

moslo todó en una sola palabra, hermanos míos : lo ha hecho por un medio, cuya sola eleccion legitima la adoracion que le rendís, porque es una patente y brillante manifestacion de su divinidad. Es propio de la divinidad el producir con la nada, sobre la nada y por la nada. Pues bien, al crear Jesucristo un mundo nuevo sobre las ruinas de un mundo antiguo, ha obrado, en realidad, con la nada. Considerándola bajo estos tres aspectos, el Señor prefirió la nada, es decir, lo que no existia, para destruir lo que existia. Y con esto ha demostrado para siempre, que, en realidad, es Dios. Ved aquí, hermanos míos, el objeto de este discurso. A. M.

1. Nuestro Señor Jesucristo revela su divinidad, solamente con la eleccion de los medios empleados para trasformar la humanidad, porque, merced á la eleccion de estos medios, como Dios, contradice á la sabiduría y á la fortaleza humana. El que trate de obrar un gran movimiento en la sociedad, en la humanidad, necesita tres elementos: fuerza; punto de apoyo y modo de obrar. Necesita fuerza, porque la fuerza produce el movimiento; necesita un punto de apoyo, porque, sin este punto de apoyo, la fuerza se pierde en el vacío y no da resultados; necesita, por último, un sistema de accion, una especie de estrategia, si se trata de conquista, un estilo en el hablar, un modo de aplicar la fuerza al punto de apoyo. Si llega á faltar uno de estos tres elementos, no hay resultado. Pues bien: nuestro Señor Jesucristo eligió la fuerza ó potencia de la nada para cambiar el mundo; eligió como punto de apoyo la nada, eligió la accion de la nada; y por medio de estos tres elementos, que constituyen uno solo, cambió la faz del mundo, demostrando su poder divino.

Y en primer lugar, digo, que ha elegido efectivamente lo que podemos llamar la fuerza de la nada, ó si quereis, la nada de la fuerza. Cuando quiere causarse un movimiento en el mundo físico, se necesita una fuerza material; cuando el movimiento se quiere producir en la humanidad, se necesita una fuerza humana, y la fuerza humana está en nosotros, está en el hombre. Por lo tanto, lo primero que se necesita para hacer una gran reforma, es un hombre, y despues, los hombres: un hombre, que sea el jefe, el autor y promovedor de la idea: hombres, que la propaguen y la ejecuten. Al realizarse un gran movimiento social ó religioso, sea revolucionario, sea de restauracion, no se hace verdaderamente eficaz y, sobre todo, estable, sinó con la condicion de estar personificado, más ó ménos, en un hombre. Así tambien, cuando Dios quiere promover uno de sus movimientos y hacerle eficaz, prepara expresamente un hombre: un hombre, que sea

superior á la multitud para dominarla, más fuerte que los demás para someterlos. Como, empero, un hombre es siempre un sér pequeño y débil, se requiere, que ese hombre cuente con la cooperacion de los acontecimientos y tenga en su favor la fuerza de la opinion. Necesita, si se me permite la frase, tener en su reputacion una fuerza moral, un poder que le fortalezca. Es preciso, por lo tanto, que ese hombre ostente la auréola de alguna gloria, gloria de génio, de virtud, de cuna, de conquista; es preciso ese poder misterioso, ante el cual se prosterna el pueblo, sin saber precisamente lo que adora, y al que obedece, sin que sea necesario mandarle. En fin, ese hombre necesita prestigio. El prestigio y la preparacion de un poder misterioso, que traiga consigo ese prestigio.

Pues bien; ¿qué ha hecho, bajo este aspecto, el Regenerador del mundo? Su designio no lo ignorais. Quiere quitar á la humanidad entera sus ideas, sus costumbres, sus dioses, para que luego se humille ante la fé, á impulsos del amor y de la adoracion. Para esto es preciso, que disponga personalmente del mayor poder que pueda imaginarse, del mayor poder moral que podamos concebir; esto es incontestable. Mas ¿dónde está este poder moral; dónde está el prestigio de que se ha rodeado? Antes de morir, no solo no busca nuestro divino Maestro una gloria para ostentarla ante la multitud; no solo no busca el ascendiente de esa fuerza moral, sinó, que parece empeñado en despojarse á sí propio de esa gloria, que rodea naturalmente á los taumaturgos. ¡Muere despreciado, él que bien pronto ha de ver á la humanidad entera de rodillas ante su divinidad! Y esa muerte y ese oprobio, los quiso espontáneamente, porque predijo su muerte y su infamia. ¡Es esto concebible! El que pretende someter el cielo y la tierra á la dominacion de su palabra, consiente en ostentar en su última hora, no la auréola de la gloria, sinó, y permítase la frase, la auréola del desprecio. Se despoja de toda su gloria, y manda á la ignominia, que selle la losa de su sepulcro. Miradle en la tumba; y allí nótareis al autor del gran movimiento que quiere realizar, aunque parece inactivo. Y á la verdad ¿qué es, humanamente hablando, en esta tumba, Jesucristo? ¿es un hombre? ménos aún, es un cadáver, y un cadáver deshonorado: y de esa nada y de ese cadáver, y de esa tumba, se pretende que salga inmediatamente la fuerza divina, que va á prosternar al mundo ante su corona de espinas, y humillar á los más arrogantes ante sus sangrientos piés. ¡Oh Maestro! sí; sois verdaderamente el Cristo; sois el hijo de Dios.

Pero, no basta un hombre para obrar grandes cosas; se necesitan hombres que propaguen la idea. Pues bien, suponed, que nuestro Se-